

El secreto

Seudónimo: Atahorma

“Aquí alumbré a mis ojos los matices
que forjan el andar que he caminado...”

Alfredo Sánchez Rodríguez

Gloria las ordeña muy temprano. Las ovejas han parido hace casi dos meses y ya es tiempo de destetar a los corderos. La mujer elabora queso desde niña, lo aprendió de su madre, y ésta de su abuela, y sospecha que el secreto de esa alquimia mágica que disgrega la leche en suero y cuajada, tal vez desaparezca con ella.

Gloria vive en un tumulto de casas olvidado en la vertiente de la sierra. Una aldea mecida por manantiales de agua, tramada de rumores de aire por entre los endrinos, la zarzamora, el escaramujo y los fresnos, una aldea sombreada por las copas altísimas de los chopos.

Gloria vierte con cuidado la leche desde las cántaras a la cuba a través de un filtro de lino. Tras templarla, añade un ingrediente desmenuzado que coagula aquel líquido albarizo para alumbrar, despacio, una masa nívea, elástica que perfila con cierta avaricia los bordes del recipiente. Ahora corta la cuajada con la lira, muy despacio, mientras el amarillear del suero abandona aquellos entresijos blancos y vuelve a depositarse en las cántaras para servir de alimento a las corderas. Luego solo deberá introducir los grumos de la cuajada en unos moldes amortajados de paños de algodón, disponer éstos en la prensa y, una vez conformados los quesos, sumergirlos durante algunas horas en salmuera. Los

moldes ahora son de plástico, pero Gloria aún recuerda las cinchas de pleita que se empleaban antiguamente, cinchas elaboradas por Raimundo, un artesano que trabajó el esparto desde muy joven, sentado a la puerta de su casa, siempre rodeado de macetas con jazmines, geranios y albahaca, cada día, sin desfallecer jamás. Una vida que terminó hacía apenas cinco años. Un vecino menos de una aldea que pierde habitantes lentamente, una aldea que se asoma en invierno a los temores de la soledad como la torre de su iglesia se asoma a los cortados que arrostran el valle.

Antes no existían las prensas de acero inoxidable. Gloria se acuerda del entremiso de madera de pino, y de las pesas de piedra que se utilizaban para desuerar los quesos, y del caldero de cobre donde, tras hervir el suero, se alumbraba el requesón. Recuerda cómo de niña disfrutaba de la mermelada de moras que elaboraba su madre, mermelada sobre unos pedazos de requesón y por entre unas rebanadas de pan caliente, aún se hace ese pan en la única tahona de la localidad, pan artesano que se demora, ajeno a las prisas y a los conservantes, en los adentros de un horno enrojado con leña de carrasca.

Los quesos frescos se trasladan lentamente a su nueva ubicación, anaqueles de madera añeja que se reparten en el interior de una diminuta cueva de bóvedas calizas. Gloria, cada día, baja los escalones cincelados en la roca madre y, uno a uno, voltea los quesos, y contempla el pausado medrar del moho en su corteza, y se deleita con aquel bálsamo de aromas, y aprecia su maduración reposada, su lenta pérdida de agua que equilibra la ganancia de sabor, lo demorado de aquel humilde prodigio, lo lleva haciendo toda su vida, siempre sola, sí, su única hija se marchó con su novio a la capital en cuanto cumplió los dieciocho y nunca quiso saber nada de estos afanes. La mujer recuerda las palabras de Cristina, sus últimas palabras antes de renegar de su madre y de la rutina sosegada de aquella aldea, de aquel tumulto de casas abandonado en la vertiente de la sierra, de

aquella comarca atestada de cantiles de caliza y nevadas de varios metros de espesor. Una tierra tatuada con la esbeltez del pino laricio y las pródigas ofrendas de nogueras centenarias, huertos y frutales. De aquellos paisajes bellísimos sobrevolados por el azabache del plumaje de los cuervos, por los hombros albarizos del águila imperial y por las siluetas lejanas, poderosas de los buitres leonados. Las últimas palabras de su hija. Gloria las acoge aún en su memoria como una laña que hiere sus más hondos sentimientos, eres una anticuada, no querrás que me quede aquí, en este dormidero de sueños, en este fondo de saco aislado del mundo y plagado de viejos, estiércol y penurias.

Una voz infantil resuena entonces por entre aquellas paredes de piedra tallada, es su nieta Isabel, que ha dejado momentáneamente la ciudad y su furiosa liturgia de tráfico, ruido y aire emponzoñado para estar unos días con la abuela. La niña espera arriba, al comienzo de esos escalones que separan el mundo real del de las querencias telúricas. La mujer sube despacio los peldaños, acaba de cumplir los sesenta y dos y sus coyunturas comienzan a manifestar cierta rebeldía ante los esfuerzos.

Su nieta la recibe con un beso en la mejilla y una sonrisa que descubre unos dientes que parecen haber sido colocados al azar, sin ningún orden, dientes de tamaños aleatorios que, sin embargo, brillan con el blancor de la juventud tras el escarlata de sus labios. La niña ha debido de estar hurgando en la lata de dulce de membrillo que Gloria utiliza para guardar las fotografías de antaño, porque lleva en la mano una muy especial.

El retrato de Gloria tendría unos cuarenta años, ella, entonces, rozaría los veinte y la iglesia de la aldea se erguía en aquel fondo de tonos velados por el tiempo, la torre de dos cuerpos levantada con sillares de caliza, la fachada orientada a la plaza embadurnada de cal, aquella bellísima portada del renacimiento tapiada con mampostería, el reloj bajo el hueco de las campanas. La mujer apoyaba su mano

izquierda en el respaldo de una silla antigua, de esas elaboradas con madera torneada y asiento de enea. De sus pupilas emanaban tímidos reflejos de galena y su sonrisa frágil manifestaba algo más que alegría, quizá toda esa ilusión de posar delante de aquel monumento que albergaba un magnífico coro de madera y uno de los retablos barrocos mejor conservados de la comarca.

La joven dirigía su mirada hacia la plaza donde aún se yergue una antigua posada con balconada de madera, como si reflexionara, quizá, sobre el destino, o sobre los quiebros que da la vida, o, tal vez, sobre esos sueños de juventud que nos hacen dudar sobre lo afortunado de nuestras decisiones primeras, las más volubles, las menos apegadas a los tranquilos consejos de la razón.

Por entonces, Gloria ya alimentaba y ordeñaba al rebaño de ovejas. También destetaba a los corderos y elaboraba quesos con la leche de sus madres. Quizá entonces ya pensara que aquel oficio se extinguiría con ella, que nadie querría continuar con la labor de sus ancestros, que los hijos que tuviera tal vez se marcharan pronto lejos del pueblo, en busca de otros afanes más confortables con los que edificar su vida. Que, tal vez, ellos volvieran solo durante la fugacidad del estío, sí, durante la semana de las fiestas patronales.

Fue entonces cuando Isabel - destello grácil en las pupilas, sonrisa apresurada de dientes al tresbolillo entre lo más terso de sus labios -, le dijo con una brizna de voz mientras blandía aquella fotografía rescatada de una lata de dulce de membrillo para iluminar así la memoria de Gloria:

- Abuela, de mayor me gustaría ser como tú, quisiera aprenderlo todo, ya sabes, cuidar de las ovejas y hacer queso con su leche. Por favor, ¿podrías enseñarme? Dime que sí, anda, dime que sí...